

LA LUNA FUE TESTIGO

Una ranchada humilde tenía el Juan. La caza y la pesca eran su sustento. A la vera del Paraná se afincó definitivamente cuando se hizo de mujer y empezaron a llegar los críos.

Siempre vivió de lo que el río o la isla le proveían pero eso solo no alcanzaba para mantener a su numerosa familia así que un barcito al copeteo le daba otra entrada. Su hijo mayor, que se había juntado con la Natalia del Anselmo, lo atendía en su ausencia.

Menudo, morocho, hosco de carácter y de mirar cabizbajo, el Juan era hombre de pocas palabras y de pocas pulgas también.

Amaneció lindo el día y yerbeaba mientras preparaba sus redes y su escopeta, los cartuchos recargados por él mismo, el equipo de mate, un salame y un pedazo de pan casero.

De a poco fue cargando todo en la canoa, que a su leve peso se mecía en suave vaivén. En el casillete fue a parar su negra pavita de aluminio cubierta de costra de hollín, junto con el mate, la yerba y la comida que puso dentro de una lata que cerró herméticamente.

Dio un saludo esquivo a su mujer, se caló el sombrero de paja, calzó al costado de la canoa medio porrón de ginebra y con su chicadera desagotó el agua de la embarcación. Subió los remos y parado sobre el plan del fondo, se fue alejando ayudándose con el botador. Puso proa al norte por la costa para luego iniciar el cruce del canal a remo.

De cada rancho salían indicios de vida, por la perrada que ladraba y por el humo que se escabullía entre las arboledas buscando cielo.

Fue arribando por la costa y pasó por la casa del Anselmo y un resquemor se adueñó de su ser, reavivando un viejo odio, mientras apuntaba a la otra orilla medio al sesgo. En el otro lado del caudaloso río había una buena cancha para pescar. Taciturno, iba sumido en sus pensamientos. De vez en cuando secaba el sudor de la frente con el brazo en alto en la manga de su camisa, desenroscaba la tapa de su ginebra, le pegaba un taco y seguía bogando.

Caló su trasmallo y se fue buscando tierra firme. Con su arma al hombro y chancleteando sus alpargatas, se apeó buscando un sauce para tener sombra más tarde. Cruzó unos palos secos, arrimó unas piedras para sostener la pava y de un solo chispazo encendió el fuego. El agua estuvo caliente enseguida y se dispuso a seguir mateando. De vez en cuando recorría las redes que había calado, pero la pesca se hacía rogar.

El día pasó lento, hizo alguna entrada al monte buscando caza, pero ni eso. Se oían los chajáes y alguna bandada de patos surcaba el cielo, pero lejos del tiro. Durmió un rato tirado entre los yuyos luego de picar algo. La ginebra lo tenía un poco dopado.

Moría la tarde cuando hizo la última recorrida a su trasmallo, recogió las redes que salieron sin nada y empezó el cruce. Se sentía frustrado por volver con las manos vacías y un embotamiento iba entorpeciendo su razón.

Envalentonado y con una fuerza oculta que lo guiaba, enfiló la canoa hasta la costa donde vivía el Anselmo. Este también había puesto un bar, motivo del gran encono que le tenía. Justo a doscientos metros fue a ponerle la competencia.

A esa hora del crepúsculo, comenzaba a recibir al paisanaje que buscaba en ese lugar un escape, una distracción, como paso obligado antes de llegar a sus casas.

Con las últimas luces del día, frenó su embarcación entre las piedras de la costa y clavó en la arena el fierro que sostenía la cadena. Dejó todo así como estaba, alzó los remos sobre la canoa, dejó su faca entre sus petates y se calzó bien las alpargatas. Caminó esquivando los caballos de los parroquianos que estaban atados en el lugar. Voces airadas salían del bodegón donde alumbraba un sol de noche.

_Güenas! dijo, sin mirar de frente al bolichero que tras el mostrador enjuagaba los vasos en una palangana y los ponía a escurrir.

_Güenas, don Juan!, dijeron algunos.

_Güenas, güenas! dijeron otros, sin sacar la vista de las cartas.

Alguien ordenó:

_Sírvale lo que quiera tomar el hombre, yo pago don!

_Un tinto!, dijo con voz firme.

Con recelo, el Anselmo le sirvió y se apoltronó de nuevo sobre el lustroso y gastado mostrador. Atento a lo que pasaba en derredor y sobre todo, al recién llegado.

Algunos truqueaban, otros charlaban de bueyes perdidos y los menos miraban sin ver casi, pasar las horas en ese sopor de alcohol y cigarrillos negros, que enrarecían el ambiente. De vez en cuando se escuchaba algún grito por el juego y una voz que decía:

_¡Valió el trago! ¡Sirva otra güelta patrón, pa'todos carajo!

Así las copas se iban recargando de nuevo y en forma progresiva, todos bebían casi sin darse cuenta, hasta quedar machados.

El dueño del bar también bebía. Se cuidaba un poco pero también empinaba el codo.

De a poco se fueron retirando, saludando más o menos animadamente, según era el estado en que se encontraban. De repente, ya muy entrada la noche, se vieron solos en el boliche. Se miraron de reojo y un gesto apenas sirvió para que se les avivara el rencor adormecido de años. Entre empujones y trastabilladas, fueron saliendo hacia el camino costero y comenzaron a torear y agredirse.

La vida callaba en los ranchos, la luna alumbraba el río y formaba un espejo que en suaves oleadas llegaba a la costa, hasta lamerla. Ellos como perros se peleaban. Anselmo, más sobrio y más fuerte, lo derribó de repente de un empujón y en el suelo le propinó una golpiza. En ese instante sintió un puntazo en su espalda y se desplomó sobre su contrincante.

El hijo de Juan había cerrado el bar y se fue a buscar a la Natalia que estaba en la casa del Anselmo. Al ver a su padre en esas condiciones, sin razonar siquiera, hundió su cuchillo en la espalda de su suegro.

La luna seguía firme en el espejo del río.

CARMEN BURNE GRAGLIA